

MIRET MAGDALENA

¿OBISPOS Y CARDENALES CONTESTATARIOS?

Yo no sé por qué está pasando con la palabra contestación lo que ayer le ocurrió a la palabra revolución.

La oposición razonada y firme, ese inconformismo convencido que se llama «contestación», han quedado difuminados por el humo de algunos detalles anecdóticos, más o menos desagradables, con que se ha revestido ésta en algunos casos concretos.

La serenidad y la independencia —las dos virtudes positivas de la contestación— han sido relegadas a ínfimo lugar por quienes tienen interés en que todo siga igual, lo mismo en el mundo que en la Iglesia. Son —como dice la revista *Indice*— las derechas —eclesiásticas o civiles— quienes se han frotado las manos de satisfacción ante las violencias externas del inconformismo social o religioso, porque —inmediatamente— se han valido de ello para ahogar en su raíz cualquier transformación estructural necesaria en la sociedad temporal de hoy o en el catolicismo actual.

Han tenido un pretexto —suministrado ingenuamente por los «contestatarios»—; y se han apoyado firmemente en él para nublar la vista poco sagaz del ciudadano o del fiel creyente, adormecidos por el tam-tam de la apelación a la seguridad, para conseguir la salvación política o religiosa, machaconamente tocado a rebato por los grupos ultra-conservadores.

Y esto ha estado a punto de ocurrirles ahora a los Obispos y Cardenales reunidos en el simposio de Chur (Suiza). Y, sobre todo le ha podido pasar al entero y equilibrado Cardenal Suenens que ha sabido seguir, en unas declaraciones de resonancia mundial, la voz de la propia conciencia que le conminaba a hablar y no callar, y lo ha hecho con inusitado coraje, cosa bien poco frecuente en estos ambientes alto-eclesiásticos.

Ciento quince Obispos de 19 países europeos se han reunido en el seminario de Coire, un antiguo monasterio de monjes premonstratenses, situado en el alpino lugar de Chur. Y han tratado del problema del Clero en el futuro de la Iglesia.

Pocos Obispos españoles fueron —sólo estuvieron 5—, pero la documentada y certera intervención del Cardenal Primado, don Vicente Tarancón, sobre la crisis del Clero compensó la exigua presencia patria.

Hubo momentos en que los preladados europeos —allí estaban el holandés Alfrink, el belga Suenens, el alemán Doepfner y el francés Marty— se encontraron metidos en un callejón sin salida; pero al final la valiente sensatez de Suenens supo hacer triunfar lo que podría haber sido un fracaso.

Hoy la «bomba» Suenens, como caricaturescamente le llamaron algunos —aunque una bomba con espoleta retardada, sin duda— es la primera figura de la Iglesia Católica. Con su personalidad realista y honrada, ha sabido —sin pretenderlo— escalar la cumbre moral entre los dirigentes católicos. Y allí mismo, en Chur, en su discurso final —con sinceridad inacostumbrada y sin dramatismo alguno—, supo dar con el dedo en la llaga de nuestros males católicos sin ofender a nadie, pero sin ocultar nada de lo que todos sabemos o sospechamos.

Lo mismo que más extensamente hizo en mayo último a la revista *Informations Catholiques Internationales*; o, poco después del Concilio, realizó más cautamente en su libro *La Corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*.

La fuerte centralización del poder eclesiástico; el primado monárquico del Papa; la actividad autoritaria del Obispo; el papel de los Cardenales; el autoritarismo de la Curia romana; el papel diplomático de los Nuncios y la crisis profunda de la

Iglesia, con los temas vivos que ha planteado Suenens en la plaza pública de la opinión mundial. Y lo ha hecho en un momento en que salvo los simples fieles —clérigos o laicos— que hacen figura de inconformistas, tan incómodos a los rutinarios, nadie de altura se atrevía a hablar de la situación de la Iglesia, sino cuando más a moderar ímpetus, a acallar inquietudes o a silenciar fallos manifiestos.

En Chur ha lanzado el Cardenal a la palestra —y nadie, dado lo que es Suenens, puede achacar a imprudencia esto— el tema del celibato para el Clero del futuro; ha dedicado, además, su comprensión, sin paternalismos desfasados, a los sacerdotes en crisis; y ha descubierto nuevamente una verdad que siempre se dice, pero nunca se cumple, la necesidad de reconocer en la acción pastoral la iniciativa y puesto activo que el pueblo creyente puede y debe tener.

Seamos sinceros: los seculares empezamos a estar un poco hartos de tanta teología de la «muerte de Dios», o de la «secularidad», o de la «desmitologización». Teología que —como pasó desde hace diez siglos para desgracia de la Iglesia, ya que antes no fue así— vuelve a ser confeccionada casi exclusivamente por los clérigos desde su parcial atalaya fuera del mundo. Y que ayer la confeccionaron clérigos derechistas; pero que hoy la lanzan a los cuatro vientos los eclesiásticos de izquierdas.

Los seculares preferimos, con mucho, a hombres como Suenens, el realista, o Helder Cámara, el socialista (¿por qué no decirlo así de claro?), que a esa pléyade de discutiadores del punto y la coma, la ortodoxia o la ortopraxis, como hacen todavía Congar, Daniélou o Schillebeeckx, olvidando que el cristianismo no es un sistema, sino una vida.

Los verdaderos «contestatarios» no son los teólogos de la protesta abstracta, sino los que audazmente se lanzan como Suenens hoy, o Helder Cámara ayer, a sacarnos a nosotros y a toda la Iglesia de nuestro sopor rutinario, recordándonos con su actitud que la valentía no está refrendada con la serenidad, ni la independencia es el atrabillarismo presuntuoso de los ideólogos de la religión.

Tisserant, el Cardenal de Curia, arremetió desabridamente contra las declaraciones que hizo Suenens en mayo a la revista *Informations Catholiques Internationales*. El Papa —en cambio— aceptó con evidente sencillez, a pesar de su disgusto, los cargos que hizo el Cardenal belga a la estructura eclesial actual, que está demasiado a ras de tierra y con exceso anticuada, autoritaria y burocratizada; y prometió cambios inmediatos por un lado y simplificación por otro, en tres discursos significativos: el del 23 de junio, aceptando esta «contestación» eclesial; el del 2 de julio, diciendo que «la Iglesia no teme lo nuevo, sino que vive de lo nuevo»; y el del día 9, afirmando que se suavizarían las leyes eclesiásticas y se daría en toda la Iglesia un mayor margen de libertad.

Estamos de enhorabuena: el valiente Suenens ha conseguido que el Papa se comprometa públicamente a desarticular el poder excesivo de la Curia, a suavizar el rigor legalista de las normas canónicas y a apelar mucho más a la conciencia que a la orden autoritaria.

De igual manera esperamos que este simposio de los 115 Obispos más importantes de Europa sirva para que, cuando se reúna en octubre, en Roma, el Sínodo Oficial convocado por Pablo VI, no se centren en defensas de la ortodoxia o ataques a la heterodoxia, sino que den luz verde a la razonable y pronta solución de los problemas internos de la Iglesia.

Y esto será gracias a la decisión valiente de estos Obispos europeos sanamente «contestatarios»; y, sobre todo, del sereno y valiente Suenens.